

## Reverencias

Hace diez años que me instalé el contestador automático. Últimamente el uso de este aparato se ha difundido ampliamente y no se dejan mensajes equivocados con tanta frecuencia, pero al principio hubo muchas anécdotas divertidas.

«Le llamo de la cafetería no sé qué. Mándeme urgentemente dos kilos de Mocha Mattari y uno de Blue Mountain». «Fulanita está empeñada en irse de casa. Así que... ¡Uy! ¿Hola? ¿Me oyes? Holaaa. Fu, fu (soplando en el aparato). Qué raro. Probando, probando».

Y estas no fueron de las mejores. Me llegaron a gritar:

—¿Me tomas por imbécil o qué? ¿Qué es eso de usar a una mujer para fingir que no estás porque no quieres darme excusas para no devolver la deuda? Hoy me pagarás trescientos mil yenes, ni uno menos.

Me echaron una bronca tremenda. Por supuesto, se equivocaban de número y yo no tenía ni idea de qué me hablaban. Tampoco entendía por qué pasaba algo así cuando en el mensaje automático daba mi nombre y explicaba: «Ahora no estoy en casa. Esto es un contestador automático. Después de oír la señal, puede indicar su nombre y dejar un mensaje de hasta un minuto».

Había a quien no le bastaba con un minuto y volvía a llamar para dejar una segunda parte. La que se llevó la palma fue Tetsuko Kuroyanagi:

—¿La señora Mukōda? Soy Kuroyanagi.

Al parecer, si no empezaba con ese saludo, no le salía el resto del mensaje, así que lo dijo deprisa y luego, acelerando aún más, añadió:

—Es la primera vez que hablo con una máquina así y me cuesta horrores. Si hablo con toda la expresividad, se me hace raro, si lo hago como si estuviera dando las noticias, también; así que no sé cómo hablar...

Mientras se explicaba, pasó un minuto y el mensaje se cortó. Volvió a llamar y empezó como la vez anterior:

—¿La señora Mukōda? Soy Kuroyanagi. Continuando con lo que decía antes: qué rápido pasa un minuto, ¿eh? Me pregunto si a los demás les basta. ¡Qué listos son todos! Yo es que no valgo para...

Se le volvió a cortar, pero llamó de nuevo:

—¿La señora Mukōda? Soy Kuroyanagi. Llamo desde la sala de control de los estudios de la NHK. Todos me miran como si hubiera perdido la chaveta porque hablo sola.

Aquel mensaje también se acabó mientras Tetsuko narraba la situación.

Así fue como encadenó nueve mensajes de corrillo, hablando como una metralleta, para al final concluir que ya me contaría para qué me había llamado *en persona*. Al escucharlos seguidos, los mensajes formaban un divertido espectáculo de nueve minutos.

Pensé que no podía reservarme el disfrute de aquello para mí sola, por lo que, sintiendo mucho hacerlo sin el permiso de la autora, lo compartí con directores y visitantes en las reuniones de trabajo como entretenimiento. Con su retahíla de nueve mensajes, Kuroyanagi sigue conservando el récord.

El mensaje más brusco que he recibido hasta la fecha fue el de mi padre. Empezó con un gruñido terrible («¡Um!»), luego gritó su nombre («¡Toshio Mukōda!») y siguió vociferando, como si fuera a mordirme:

—Llama al trabajo de inmediato. ¡El teléfono es el XXXXX!

Temiendo haber ofendido a alguien, me apresuré a llamar, pero resultó ser un recado de lo más anodino: me avisaban para que fuera a buscar unas entradas de teatro *nō* que habían llegado. Aquel fue el único mensaje de contestador que me dejó mi padre, que falleció hace ocho años.

Ahora mi madre ya usa el contestador con bastante soltura, pero, en los primeros tiempos, lo hacía con un estilo muy particular:

—Soy tu madre. Ah, vaya. Así que no estás.

Su irritación se notaba a la legua.

—Bueno pues, si no estás, da igual. No va a servir de nada hablarle a una máquina. Cuelgo, ¿eh?

Por la voz me podía imaginar su cara de enojo.

Aunque en estos diez años me han llegado mensajes muy curiosos, incluidos los que se equivocaban de número, mi favorito fue el de una desconocida que, por la voz, parecía una señora de mediana edad:

—No soy nadie tan importante como para dar mi nombre.

Su voz elegante y calmada siguió haciendo gala de una gentileza extrema:

—Parece ser que me he equivocado de número. ¿Cómo debería proceder en estos casos?

Tras una pequeña pausa y un leve suspiro, continuó:

—Siento las molestias. Le ruego que me disculpe.

Finalmente, colgó el aparato con cuidado. Pensé que aquello era el verdadero decoro e intenté imaginar qué semblante debía de tener la mujer, cómo vestiría y de qué familia procedería. Concluí que seguramente hacía unas reverencias impecables.

Medio año atrás mi madre no andaba bien del corazón. Sufría taquicardia paroxística y llegó a tener el pulso a más de doscientos. Aunque su vida no corría peligro, a ella y a los demás nos preocupaba, así que la ingresaron para hacerle pruebas. Mamá, que en Nochevieja cumplirá los setenta, es una persona con una salud de hierro que solo ha guardado cama para dar a luz. Aquel era su primer ingreso. Le dijeron que podía estar tranquila porque en un mes le darían el alta, pero se ve que ella fue al hospital mentalizada como si no fuera a salir de allí con vida.

Los primeros dos o tres días, mi madre derrochaba jovialidad. Por la noche agarraba todas las monedas de diez yenes que encontraba y me llamaba desde el teléfono público del pasillo para darme el parte del día: no tener que preocuparse de las tres comidas diarias era el paraíso, los menús se preparaban pensando en el paladar y las necesidades nutricionales de las personas mayores, las enfermeras eran increíblemente atentas. Sus vivaces informativos hacían sombra a los de los reporteros de televisión. Se forzaba para darse ánimos. A partir del tercer día, el parte perdió fuelle y se acortó de repente. Al cuarto día, ni siquiera hubo llamada.

Cuando encontré un hueco en mi ajetreada agenda laboral para visitar a mi madre en su primera semana de hospital, la encontré sentada en la cama, con la cara algo consumida. Coincidimos los cuatro hijos, incluida mi hermana menor, que vive con la familia de su marido. Lo más duro fue la despedida. Miré el reloj de mi hermano y, cuando iba a anunciar que me marchaba, mamá se me adelantó:

—Bueno, yo ya tengo que acostarme —anunció con voz alegre. Luego se levantó de un respingo y empezó a repartirnos las flores y frutas que le habían regalado en su convalecencia. Tras muchos dimes y diretes, nos obligó a llevarnos un botín más generoso que el que le habíamos traído nosotros y nos echó.

—Con la de pacientes que no reciben ninguna visita, me incomoda que vengáis todos a verme. Por el momento, no volváis —nos espetó mientras su pequeña figura nos guiaba a los cuatro por el pasillo.

—Lo digo en serio: no vengáis más.

Lo recalcó tanto que me sentí molesta. Sin embargo, mientras se cerraba la puerta del ascensor, nos dio las gracias y, con una formalidad impensable en alguien que nos había tratado tan rudamente hasta entonces, hizo una reverencia profunda como las de las azafatas del ascensor de los grandes almacenes.

Los ascensores grandes de hospital, que se usan para subir y bajar las camillas, tienen puertas que se cierran a ambos lados. Con el chal verde amarronado que mi hermana le había tejido por encima del pijama y la blanca cabeza gacha, mi madre me pareció aún más menuda que antes. A duras penas resistí el impulso de apretar el botón para volver a abrir la puerta y decirle algo más.

Los cuatro hermanos bajamos del sexto piso a la planta baja en silencio. Mi hermano refunfuñó:

—¡Hay que ver!

A lo que mi hermana añadió:

—Siempre igual.

Ella iba a diario a cuidar de mamá y él pasaba por allí una vez cada tres días. Mamá siempre los acompañaba hasta el ascensor y hacía su reverencia.

—Se inclina más o menos según el número de visitantes. Como hoy estábamos todos, la reverencia ha sido la más formal —explicó mi hermano.

Soltamos unas carcajadas ante aquel comportamiento tan propio de ella y caminamos hasta el aparcamiento evitando mirarnos las caras, con los ojos cargados de lágrimas.

La del hospital fue la segunda reverencia formal que le vi hacer a mi madre. Hace un par de años la mandé seis días de viaje a Hong Kong con mi hermana. Se oponía alegando que nuestro difunto padre se enfadaría o que sería una deshonra, pero, como sé que le gusta la buena comida y tiene una curiosidad muy vivaz para su edad, pensé que, una vez la sacara de casa, acabaría disfrutándolo. Empezó el viaje a regañadientes.

Cuando llegamos al control de equipaje de mano del aeropuerto, me quedé detrás

de la división de plástico observando cómo mi hermana y ella abrían sus bolsas delante del personal de seguridad.

—¿Llevan cuchillos u otros objetos peligrosos? —preguntó el agente de forma rutinaria.

Obviamente, yo esperaba que dijeran que no, pero mi madre, como si fuera lo más normal del mundo, contestó:

—Yo sí.

Mi hermana y yo nos sobresaltamos. Mamá sacó de la bolsa unas tijeras de costura enormes.

—Pero ¿por qué llevas eso? —le pregunté, gritando.

Sin dirigirse ni a mí ni al guardia, respondió:

—Pensé que, en una semana, tendría que cortarme las uñas.

El guardia se rio y le devolvió las tijeras, pero, ya en la sala de espera, la increpé por no haberse llevado el cortaúñas.

—Me di cuenta de que no lo llevaba cuando iba a salir de casa, pero no tuve la paciencia de ir a buscarlo —explicó a modo de excusa—. Si aún estuviera tu padre, me habría regañado —añadió, abatida.

Como me dio un poco de pena, fui a la floristería y le compré un ramillete de orquídeas. Me lo rebajaron de tres mil yenes a dos mil quinientos. Al ofrecérselo, se enfureció:

—Pero ¿quién te has creído que soy? ¿Para qué malgastas así el dinero?

Terminamos peleándonos. Mi hermana medió entre nosotras («Venga, ¡si solo es una vez en la vida!») y al fin dejamos de discutir. Cuando mamá se colgó las flores en la solapa, anunciaron que iban a empezar a embarcar. En la cola de la puerta de embarque, se detuvo de repente y se giró hacia mí. Creí que se iba a despedir con la mano, así que levanté la mía, pero hizo una reverencia bien profunda. Al verlo, me sentí impulsada a imitarla y, con la mano derecha aún alzada, agaché la cabeza en un ademán que recordaba al saludo del Emperador.

Compré un billete de acceso y entré hasta la pasarela. Hacía un día espléndidamente soleado y cálido para ser invierno. Un punto refulgió como una mica en el cielo claro mientras los aviones subían y bajaban. El avión de mi madre empezó a girar lentamente por la pista. De repente, sentí como si se me encogiera el corazón.

Quise ponerme a rezar: «Que no se caiga, por favor. Si tiene que caerse, que sea a la vuelta».

El avión completó el despegue y empezó a maniobrar en las alturas. Al ver que el peligro había pasado, se me saltaron las lágrimas inesperadamente. «Todo por un simple viaje a Hong Kong», pensé, riéndome de mí misma. Y, al recordar los episodios de las tijeras de costura y el ramillete de orquídeas, me puse a reír sin dejar de llorar, como cuando hace sol y llueve.

Mi abuela falleció justo antes de que la guerra se recrudeciera, así que hará ya unos treinta y cinco años. Yo estudiaba el segundo curso en la escuela femenina.

En la noche del velatorio, de pronto se levantó un alboroto en la entrada de casa. —Ha venido el presidente de la empresa —oí que alguien decía.

Mi padre, que estaba sentado junto al ataúd de mi abuela, voló hacia la puerta apartando a los invitados a su paso y se inclinó ante un señor de mediana edad que se disponía a entrar.

Más que hacer una reverencia, sería más acertado decir que se postró. En aquel tiempo la gasolina ya estaba en racionamiento, por lo que no todo particular que lo deseaba podía permitirse ir en coche. Mi padre era un mero responsable de sección en una firma bastante grande que formaba parte de un conglomerado empresarial, por lo que no debía de prever que el presidente asistiría al velatorio. Era la primera vez que lo veía con aquella actitud.

Papá fue siempre una figura imponente, desde que tuve uso de razón. Nos gritaba a los de casa y hasta le levantaba la voz a su madre. Era jefe de una sucursal regional y hasta entonces solo lo había visto presidiendo la mesa del comedor con la espalda apoyada en una columna de madera. Ahora se doblaba en una reverencia que bien podía calificarse de servil.

Yo siempre había aborrecido su despotismo. Mientras que a mi madre no le compraba ni un anillo, él iba a trabajar con un traje de lino blanco bien almidonado. Cuando sus subordinados venían de visita, los agasajaba como si fuera un jefe. Mis hermanos y yo ya podíamos tener el sarampión o la tos ferina, que él no faltaba ni llegaba tarde al trabajo jamás.

Al verlo en aquellas circunstancias, me pareció haber descubierto el motivo por el

que aquel hombre, que solo accedió a la educación básica y no tuvo quien le allanara el camino, había ascendido en la empresa desde su puesto inicial de camarero hasta donde estaba entonces. Aunque mi abuela y yo habíamos compartido dormitorio durante una temporada, la pena del funeral se me esfumó y me quedé solo con la imagen de mi padre haciendo reverencias. Esa faceta que a nosotros no nos mostraba era con la que libraba su lucha diaria. Quise perdonarle que siempre tuviera un plato más que nosotros en la cena o que, cuando no alcanzaba su objetivo de ventas de seguros en el plazo establecido, lo pagara con nosotros arreándonos algún puñetazo. Todavía me remuerde la conciencia cada vez que recuerdo a papá aquella noche del velatorio.

Mi madre llegó a hacernos reverencias a los hijos, pero mi padre falleció de repente por una insuficiencia cardíaca a los 64 años, antes de jubilarse, y jamás se inclinó ante nosotros. Aunque en los últimos años se ablandó un poco, nos siguió gritando y regañando, sin bajar la cabeza, hasta el día de su muerte.

Ver a tus padres haciendo reverencias es una experiencia compleja. Te hace sentir vergüenza, confusión, extrañez, tristeza e incluso una pizca de enojo. Por más que comprendamos que agachar la cabeza ante aquellos a los que uno crió solo demuestra que es inevitable envejecer, a los hijos nos parte el corazón.